

MADRID: por tres meses 6 reales, por seis 11, por un año 20



PROVINCIA: por tres meses 9 rs., por seis 17, por un año 30.

EL MENSAJERO DE LAS MODAS,

REVISTA MENSUAL DEL MUNDO ELEGANTE.

Gratis á los Suscritores al Semanario Pintoresco Español.

MODAS.

Un periódico de París hace la siguiente descripción de los trajes mas elegantes que se veían en una de las últimas fiestas que se han celebrado en aquella capital del mundo elegante.

Algunas damas maravillosas, seguras de su incomparable hermosura, se presentaron muy escotadas y con manga corta, desafiando con su fresca tez á las rosas de su peinado. Otras llevaban vestidos apropiados á la fiesta, y sombreros que no lo eran, es decir, que llevaban peinados mas bien que sombreros. Las hadas de la moda habian soñado con esos soplos de gasa, de tul, de blonda y flores, que se hallan en los tableros de Versailles y Trianon. Recuerdo un sombrero compuesto de cuatro tiras de paja de arroz, separadas por volantes de blonda, y describiendo un ala muy pequeña y levantada, abierta con tanta coquetería, que la cara se hallaba enteramente desembarazada. A cada lado del casco llevaba una mata de plumas rizadas, color de rosa y blancas, y ondeaban con el viento dos grandes cintas color de rosa. Bajo el ala, en el interior, llevaba una guirnalda de ojicanto.

La jóven que llevaba ese sombrero traía un vestido de barés negro, con cuatro volantes á disposicion, de follajes blancos satinados, que imitaban un encaje de punto de Inglaterra. El corpiño se abría en forma de berta y dejaba ver un chaleco de encaje... Hé ahí la gran novedad! Ese chaleco estaba reproducido en tul de Inglaterra, adornado con un lindo sembrado de ramilletes de flores. Alrededor del escote, pues se abría en forma de corazon, llevaba un afollado de encaje, bajo el que serpenteaba una cinta color de rosa. Las haldillas y los bolsillos tenían la misma garnicion. Las mangas de la chaqueta, abiertas de lado, tenían dos guarniciones de encaje.

Otro lindo traje de calle consistía en un vestido de barés estilo chino, fondo gris plata, con tres volantes á disposicion, de espléndidas flores con follaje de oro. La originalidad artistica de ese vestido recordaba un jarron del Japon. El corpiño, muy abierto, estaba guarnecido, como los mangas, de una cinta ade-

cuada al color del vestido. El sombrero era una nube de blonda, sobre la que se abría de trecho en trecho una flor de albérrchigo. Bien quisiera deciros cómo era este tocado, porque tenía una deliciosa poesia. Tres volantes de blonda revolteaban bajo el ala, y sobre esos volantes habia una lluvia de flores. El casco representaba una estrella de blonda y flores, y todo el interior del ala tenía flores de albérrchigo, sepultadas y perdidas entre diáfano tul.

Un tercer traje de calle era de gasa popelina color de rosa, con volantes Pompadour terminados por una guirnalda de acianos. La berta dejaba ver una pañoleta-chaleco con tres chorreras de punto de Inglaterra, adornadas con tres broches de piedras finas. El sombrero era una nube de tul, sembrada de acianos, y sobre sus hombros flotaban dos largas cintas blancas.

También me ha agradado sobremanera cierto traje de tafetan azul celeste, con volantes de rayas blancas imitando la plata. Sobre el corpiño revolteaba una nube de mariposas color de rosa, y en la cabeza llevaba un sombrero Luis XV de tul azul con volantes de blonda, mata de plumas azules y mariposas color de rosa.

Algunas palabras mas sobre los trajes de baile.

Habia pocos vestidos de tafetan, pero en cambio muchos de telas vaporosas y diáfanas, tales como la tarlatana á disposicion, de la gasa, del tul y de la muselina. En ese dedalo de coquetería y frescura no habia un solo vestido ajado.

Entre otros lindos trajes señalaré dos faldas de tul blanco afollado sobre un trasparente de tafetan color de rosa. De trecho en trecho, los afollados estaban sembrados de rositas. El corpiño, á lo Luis XV, estaba adornado con una guirnalda de rosas. El peinado formaba un cordón de flores, pasando por encima de la frente bajo dobles bandas, y continuando por detrás alrededor de las torsades. Los guantes blancos estaban también guarnecidos de una pequeña guirnalda de rosas. Dicha bella señora me recordaba la soberbia marquesa de Montepan vestida de primavera.

La duquesa de B*** llevaba también un vestido de cinco faldas de tul blanco, guarnecidas cada una de una guirnalda de acianos naturales, mezclados con margaritas de los campos. Es indecible el efecto de este vestido. El peinado de flores describía

JULIO 1852.

NÚMERO 7.º

Ayuntamiento de Madrid

matitas á los lados, sujetas por un cordón de acianos y margaritas. Como trajes originales recuerdo uno de gasa azul de China, con volantes adornados de ramilletes azules y folajes de oro. En los cabellos se ostentaba una guirnalda de campanillas azules y espigas de paja.

La paja sigue á la órden del día, y no solo se usa en las guirnaldas de baile, sino también en todos los sombreros de paja de fantasía ó de paja de Italia.

Para hacer una transición, hablaré de algunos sombreros de calle muy lindos y distinguidos. El uno, en forma de capota, es de tul mosquetado, afollado con mucha gracia, y con pequeños entre-dós de paja. En el borde del ala lleva un rizado de tul, y en un solo lado del casco una mata de narcisos con estambres de marabú y follaje natural.

El otro, igualmente en forma de capota, es de crespon liso, color de rosa, y también afollado, con esterillas de paja de Italia. Alrededor del casco lleva alboboles de crespon color de rosa, con follaje también de crespon. Y ya que hablamos de flores de crespon, diré que tienen mucha boga, y que no hay nada más fresco ni más ligero que los acianos y las rosas de esta tela. He visto ramilletes entremezclados, color de rosa y azul, sobre blanca y crespon liso blanco, que me parecieron muy lindos.

Otra capota estaba formada de cinta de gasa de color matizado de azul y rosa sobre fondo blanco, estilo Pompadour. La cinta parecía estar jugueteando y revoloteando, y estaba cortada en dos sitios por dos hileras de botones de terciopelo negro puestos sobre un entre-dós de paja. Si eso no es original, no conozco la originalidad; y puesto que originalidad hay, preciso es que yo proclame el vestido-imperio. ¡Qué felices sois, queridas lectoras, en no tener que arrebujaros jamás de ese modo!... En vano me valgo de mi influencia para gritar que es espantoso, horrible, ridículo!... Se lleva una funda de paraguas en guisa de sombreros, y la moda, que adula á todo sol radiante, se burla de mis cuerdas amonestaciones, y hace la corte al Eliseo. Es seguro que el próximo invierno nos hallaremos con los talles cortos y las faldas en punta.

Entonces, señoras, no seremos ya leonas, sino comadrejas. ¡Pobres parisienses!

POLVOS DENTRIFICOS.

Infinitas son las fórmulas que en el día corren con más ó menos éxito para limpiar los dientes: la que á continuación publicamos nos parece de las más aceptables, porque de usarla no se sigue ningún perjuicio.

RECETA.

De piedra pomez levigada.	2 dracmas.
Crémor tártaro.	una onza.
Alumbre.	media onza.
Lirio de Florencia pulverizado. . .	un escrúpulo.
Polvos de cochinilla.	3 idem.
Sal de tártaro.	2 idem.

Preparación. Lo primero que debe hacerse es triturar la cochinilla con la potasa, se añade luego el alumbre, y en seguida los demás ingredientes, que se mezclarán perfectamente.

Pasta amigdalina para hermosear la piel.

RECETA.

Almendras.	2 libras.
Harina de arroz.	1 de cada una
Raíz de lirio pulverizado. . .	1 4 onzas.
Benjuí.	1 de cada uno
Sal de tártaro.	1 una onza.
Esperma de ballena.	1 de cada uno
Acete esencial de espliego. .	1 unadracma.
Id. de clavo.	

Preparación. Se mezclan perfectamente estas sustancias después de estar bien machacadas las almendras, y se añaden á lo último los aceites esenciales.

Administración. Es uno de los mejores cosméticos para lavarse la cara y las manos, pues da suma blancura, pone muy suave la piel, y produce cierta frescura particular á la tez.

EL DOTE.

—Amigo mío, tengo el placer de deciros que me voy á casar.
—Tanto mejor si habeis hecho una buena elección.
—No lo dudo.

—¿Qué tiempo hace conoçais á la novia?

—Unas tres semanas. Es un ángel, es muy linda, todos la admiran y se enamoran de ella, menos las mugeres.

—La belleza no es de despreciar; pero no es bastante para el matrimonio.

—Convengo en ello: sin embargo esto no daña en nada.

—Está en cuestión.

—Pero no para mí.

—Deseo que no seáis jamás de mi modo de pensar sobre este objeto. Pero he conocido yo tantas lindas mugeres, amables para con todo el mundo, excepto con sus maridos, que desconfío un poco de tan admirables bellezas.

—Pues yo las adoro.

—A vuestra edad se adoran todas las mugeres; pero cuando uno se casa, se carga con la obligación de no amar más que á la suya: pensadlo bien.

—¿Luego no aprobais mi casamiento?

—De ningún modo. La persona á que vais á uniros será quizá muy digna de estimación, como no la conozco, no puedo tener ninguna opinión.

—Ah! si la conocieseis!... y además, querido amigo, cuatrocientos mil reales de dote y las esperanzas de...

—Es decir, que esperais que los padres de vuestra muger tenderán la pata muy pronto.

—Chanza pesada!

—Confesad que he dado en el ítem.

—Del todo.

—Tanto mejor para vos. Pero aunque así sea, si vuestra futura esposa fuese por desgracia una coqueta insaciable de la moda, continuamente nueva y variable, los cuatrocientos mil reales de renta que ella os trae se convertirían muy fácilmente en cintas y arrumacos.

—No hay que temer. Educada modestamente á la vista de su madre...

—¿No me habeis dicho que hace tres semanas que la conoçais?

—Sí.

—Pues bien, amigo mío, estais en un error. Tres semanas hace que la habeis visto por la primera vez, luego no la conoçais.

—Eso es contestarme á la materialidad de la palabra.

—Perdonad si os hablo con exactitud. No se conoce en tan poco tiempo ni á una muger ni á un hombre. Guardaos, el matrimonio no es una chanza.

—Lo sé.

—Quién es la elegida?

—La señorita de N. Con la frecuente compañía que hace á su madre enferma, sale rara vez; es muy modesta, tiene todas las virtudes domésticas, y en nada se asemeja á esa loca que me habeis pintado, y con la cual me quereis atemorizar.

—¿Y habeis visto todo esto en tres semanas?

—Sí señor.

—Mucha vista teneis.

—Ya!

—Lo deseo por vos.

—Vendreis á mi boda?

—Con mucho gusto.

—Adios, amigo, voy al paso á comprar dos chales brillantes, porque esta es una condicion precisa, siempre que una jóven lleva un dote.

—Os deseo felicidad.

Arrepentimiento inútil.

Poco tiempo habia pasado, cuando encontrándose ambos amigos se esplicó el recién casado en estos términos. Ah! querido F., qué necesidad he hecho! que no os hubiese yo escuchado! —Me alligis, pero no me sorprendeis: todo lo que os sucede lo habia previsto.

—No podeis imaginaros hasta qué punto tengo que quejarme de ella: es una cabeza henchida de viento, siempre ocupada profundamente de fruslerías. Solo está contenta en el teatro ó en el baile: aunque su ropa fué de lo más escogido, he saldado ya una cuenta de veinte mil reales, tanto en la tienda como con la modista.

—Mucho gastas en ocho meses.

—Si esto continúa, se consumirá su dote y aun más.

—Tal vez cuando conozca...

—No lo espero, porque me ha dicho con altivez que eran necesarios al menos cincuenta mil reales anuales para la *toilette* de una mujer como ella.

—Pues bien, amigo mío, carácter ú os arruináis.

—¡Gran Dios, en qué abismo me he arrojado!

—No quisisteis escuchar mis consejos... el amor es ciego, y después el dote...

—¿Quién hubiera podido pensar que una niña que parecía tan modesta, tan sencilla, fuese en el fondo una mujer como hay tantas.

—Esto sucede cuando se obra sin reflexión. No hubierais comprado una finca sin un exámen detenido, y os habeis casado sin conocer á la compañera de vuestra vida. ¡Ese dote maldito es el que os ha seducido, como si no hubierais tenido lo bastante para hacer la felicidad de una joven, pobre, pero humilde; como si no estuviese ya conocido que la mayor parte de las jóvenes con grandes dotes cuestan mas caras á sus maridos que aquellas que solamente ofrecen buenas costumbres, buen sentido, un espíritu cultivado ó á propósito para serlo, y el instinto de una honrosa economía. ¿Habeis leído *El hombre de los cuarenta ducados*?

—Muchas veces.

—Pero lo habeis leído como lo leen muchos, sin provecho.

—Y esta obrilla, ¿qué podría enseñarme?

—«Que una mujer económica y laboriosa convendrá mas en una casa que la hija de un propietario que en bagatelas y superfluidades gasta mas del dote que ha entregado á su marido.» Pero todo lo que yo pudiera deciros es inútil. La falta se cometió; tomad un partido, y sea procurar hacer oír la razón á vuestra mujer. Si llega á ser madre, como debeis esperarlo, los deberes de la maternidad...

—Nada la hará cambiar, nada absolutamente, está en la masa de la sangre.

—¡Y la conociais tan bien!

—Qué quereis! me cegó el amor.

—Sí, el amor y el dote!

BOSQUEJO MORAL.

Diez y ocho años... veinticinco... cincuenta...

Retirada vivia, y apartada del mundo y de los aduladores.

WORDS WORTH.

Quiso trocar su apacible tranquilidad por riquezas.

Envejeció antes de tiempo, y concluyó sus días en la infancia.

STERNE.

DIEZ Y OCHO AÑOS.

Penetrando el sol por unas cortinas mas blancas que la nieve, doraba su aseado catrecillo, y realzaba la nitidez de sus cabellos negros como el ébano. Despiértase Juanita, y sus purpúreos labios se abren para pronunciar el nombre de Teodoro; pero Teodoro se habia ausentado. Juanita suspira, y vuelve á embargar sus sentidos un delicioso sueño.

—¿Qué aseó! qué buen gusto reina en esa modesta morada! Muebles sencillos de madera pintada, algunas estampas graciosas, y dos grandes vasos con flores que exhalan suaves perfumes, son todos los adornos que la hermosean. Juanita no es rica: es una joven costurera:

«Alegre como el mayo
como las gracias linda.»

Mas ya son las cuatro. Juanita volvió de su tarea, y mientras aguarda á Teodoro, que debe acompañarla al paseo, sentada delante de su tocador, estudia el modo mas elegante de colocar en su cabello una flor, regalo de su querido. El espejo es pequeño: Juanita se acerca demasiado para ver el efecto de ella; pero al notar que con el suave aliento de su boca se empaña la tersura del cristal, se sonríe, y escribe en él con su blanco dedo el nombre de Teodoro: viéndole luego borrarse y desaparecer, arroja un suspiro, diciendo: ¡Ay! ¿si nuestro amor pasara tan presto?

Suben la escalera. Es Teodoro. Salen ambos llenos de gozo, y tanto se trasluce en su rostro el dulce placer que los anima, que cuantos pasan esclaman: Qué linda pareja! Juanita y Teodoro se miran y se sonríen.

VEINTICINCO AÑOS.

Colgadas estaban las paredes de ricas tapicerías, en que el oro y la seda se disputaban la perfección del dibujo. Despedían suave fragancia, aromas que ardían en braserillos de plata, y en elegantes cortinas carmesíes se quebrantaba la luz del día, permiti-

tiendo solo cierto claro-oscuro color de rosa, que convidaba al reposo. En magníficos cuadros sobresalían los mas graciosos objetos que trazaron los pinceles de Vinci y del Correggio, y las fábulas de Leda y de Danae aumentaban el prestigio de aquel encantador aposento.

En un lecho á manera de trono dormía una mujer hermosa, pero su sueño no parecía tranquilo: sus cejas, que de cuando en cuando se contraían ligeramente, imprimían cierta dureza en sus bellas facciones. Se despierta, llama á su doncella.

—¿Qué hora es, Justina?

—Las doce, señora.

—Descorred las cortinas y vete. ¡Qué incomodada estoy! Siempre bailes, siempre convites. El embajador me abruma con diversiones; pero ¿de qué me sirve todo esto? Elmira tiene diamantes por el valor lo menos de treinta mil duros, y los míos no valen mas que la mitad... ¡Qué desgracia la mía! ¡Que haya de ser mas que yo la dama de un cambista!

—Señora, este billete.

—Tráelo, Justina... «Teodoro...» ¿Quién será este Teodoro?... Ah! sí... me acuerdo... Y qué querrá ahora?... Llega de su viaje... sabe mi mala conducta... qué necedad! y me pide su retrato... qué bobada! Me recuerda mi infancia... mi cuarto de la calle de la Fidelidad... mis amores de muchacha, y llama á todo esto verdadera felicidad! Qué necio! La felicidad es tener riquezas, un buen coche, diversiones, criados; esta, esta es la verdadera felicidad... Y la hermosa dama arrolla el papel y le arroja á una linda perrilla, que se divierte largo tiempo con él.

La hermosa dama es Juanita, que dejó su modesta habitación por una gran casa. Ya canta un aria con gracia, toca el piano-forte con maestría, censura las comedias, decide del mérito de la ópera y habla de todo con desenfado. Su porte es altivo: criados y adoradores penden de su labio; en fin, Juanita sería feliz si pudiese serlo quien no abriga en su pecho sino orgullo y pasiones bajas, y quien substituyó la vanidad al amor. Su corazón está corrompido; ya no experimenta aquellas tiernas sensaciones que en otro tiempo eran la delicia de su vida; hoy la atormenta la vanidad, la envidia, el lujo, y el ánsia de derribar á sus rivales. Sin embargo, ha arruinado ya á tres condes, á dos duques, á un embajador, y ahora lleva á otro por el mismo camino.

CUARENTA AÑOS.

Sentada estaba en una miserable silla de espadañas: silbaba el viento por las muchas rendijas de una rústica puerta, agitando la llama de un negro candil. Un rinero de trapos ocupaba un rincon de aquel reducido desvan, y con el auxilio de aquella sombría luz se veían un colchon sobre tres tablas, y en una mesa, un pan moreno y una botella. Asqueroso y repugnante era el aspecto de aquella mujer; y aunque sus facciones parecían haber sido regulares, se notaba en su ceño cierta fiera que indicaba la miseria mal sufrida. Cubierta estaba de andrajos; apoyaba en una mano la cabeza, y largos mechones de canas caían sobre su frente. ¿Es posible, decía, que me halle reducida á tan vil estado? Algunas lágrimas cayeron de sus ojos, y profundos suspiros salieron de lo mas íntimo de su pecho... Al cabo de un cuarto de hora se oye una voz que dice: vamos, tia Juana, ya son las once.

Arroja la infeliz otro suspiro, toma su cuévano y su ganchito, enciende su farolillo, abre la puerta, y silenciosa va bajando lentamente la escalera.

Esa mujer asquerosa, la tia Juana, era Juanita.—S. I.

CASAMIENTO EN LA ABISINIA.

Vamos á dar á nuestros lectores algunas noticias, que creemos curiosas, sobre la manera con que se verifican los casamientos en la Abisinia, tomadas de la relacion de un viajero inglés que asistió á todas las solemnidades del enlace entre la hija de uno de los jefes de las tribus abisinias y el hijo de un rico propietario. Ocho dias antes del casamiento, la morada de la novia se veía llena de pastores y labradores, vasallos del señor, cargados con ricos presentes, trayendo el uno una vaca, el otro un gran tarro de miel, aquel un enorme jarrón de licores espirituosos, este grandes tortas de rico pan con leche. Tres dias antes, en las habitaciones, en los patios, en los jardines y hasta en el campo, se veían dilatadas mesas llenas de todas clases de manjares, y los sonidos del tamboril y de una especie de clarinete anunciaron el principio de las fiestas. Las puertas de la casa estaban abiertas á todo el mundo, y los jóvenes como los ancianos solo abandonaban el baile para acudir á las mesas, donde los vinos, las

carnes, las mil aves de todas clases se sucedían á cada instante. Aquel cuadro solo era comparable con el de las bodas de Camacho.

A la caída de la tarde llegó la novia rodeada de un gran número de criados, muchos á caballo y perfectamente armados, y sentada en la sala se la sirvió de comer y beber. Después una especie de paje de honor condujo á la joven á una vasta llanura donde diferentes jóvenes á caballo debían desplegar su habilidad. El novio se encontraba entre estos: al instante empezaron los juegos, siendo el mas bello el de la sortija que un ginete tiraba al otro y que este debía recoger marchando al galope, suerte para la que se necesita una ligereza admirable. Después vinieron las danzas, y llegada la noche, la novia volvió á casa de su madre, y los convidados pasaron con el novio á la sala del banquete. Apenas estos se hallaban sentados á la mesa, cuando sonó el eco de los clarines, y vimos abrirse los grupos y dar paso á un hombre, llevando á una muger sobre sus espaldas. Esta muger era la novia, y aquel hombre su paje de honor. El futuro se levantó, salió al encuentro de su prometida, cruzaron sus manos y se juraron ante la asamblea silenciosa, eterna felicidad. Sentados luego el uno al lado del otro, asistieron al banquete; concluido el cual la novia volvió á su morada en la misma forma en que habia venido.

Al día siguiente debía verificarse el casamiento, y desde el amanecer empezaron la música y las danzas. A las diez, los parientes, los testigos y los amigos se hallaban en la sala principal. El padre de la novia tenia una luz encendida en sus manos, y en medio del general silencio se dirigió al novio y le preguntó solemnemente si prometía ser fiel á la muger que tomaba por esposa, si juraba no pegarla nunca, ni disipar su dote, á lo cual el novio respondió: «Lo juro». Después el padre continuando dijo: «Si no cumples tu palabra, que tu familia y tu posteridad se estingan como yo apago esta luz». Sopló la vela, y derramando luego una copa de licor, añadió: «Que tu fortuna se disperse como este licor». En seguida tomó un lienzo y lo entregó á los testigos. Terminada esta ceremonia, los parientes y los amigos ofrecieron cada cual su regalo para formar la dote de la casada. Segun la costumbre todos los testigos á esta ceremonia debían acompañar el cortejo nupcial á la casa del novio, y esta especie de procesion constaba de mas de tres mil personas. Durante esta marcha, á pesar del calor, el paje de honor llevaba la desposada sobre su espalda. Llegados á la casa del novio los nuevos casados se encerraron en sus habitaciones, donde permanecen sin salir por espacio de quince días y sin recibir mas visitas que la de los padres. Fuera continúan las danzas y festines por todo este espacio de tiempo.

Este casamiento solo es temporal y admite el divorcio; al cabo de cierto tiempo, si los esposos no han reconocido entre ellos género alguno de incompatibilidad, se unen con lazos indisolubles, casándoles la iglesia por medio de la comunión. Esta época llega cuando la desposada ha salido del humadero, práctica singular de las mugeres de la Abisinia. Después de los primeros días de intimidad conyugal de que ya hemos hablado, la esposa vuelve á la casa de su padre, y permanece tres meses sin comunicarse con su marido. Durante todo este tiempo vive en un cuarto retirado cubierta de un vestido de lana que no tiene mas que un agujero para respirar en la cabeza. Debajo de este vestido se encienden algunas ramas odoríficas; el humo ataca á la piel y la destruye, y á los tres meses la joven sale de allí con un cutis nuevo, mas blanco y suave que el primero. Este es el heroísmo de la coquetería.

ANECDOTA.

EL EMPERADOR ALEJANDRO.

Durante el viaje que alteró la salud de este emperador, llegó á una villa de la pequeña Rusia, cansado de la molestia del coche, por lo que se vió en la necesidad de dar un paseo. Alejándose para ello de su comitiva, marchaba solo, vestido con una levita militar sin distintivo alguno, cuando al volver de una calle reparó en un hombre envuelto en su capote que fumaba á la puerta de la casa. Aproximose á él para preguntarle unas señas; pero el oficial respondió con muy mal modo. Eutoncesle dijo el emperador:

- ¿Me permite V. que le pregunte su graduacion militar?
- Adivínelo V.
- Será V.... teniente?
- Suba V. mas.
- Capitan?

—Arriba, arriba.

—Mayor?

—Adelante.

—Hola! jefe de batallon?

—Gracias á Dios que ha llegado V., aunque con trabajo (todas estas respuestas fuéron hechas con cierto aire de suficiencia, y envueltas en el humo del tabaco). Ahora, caballero viajante, me toca á mí preguntar el grado de V.

—Vaya! adivínelo V.

—Oh! á las primeras de cambio; V. es capitán.

—Tenga V. la bondad de subir un poquito.

—Mayor?

—Todavía mas.

—Jefe de batallon?

—Algo mas.

—Coronel?

—Vaya otro salto.

A esta respuesta el oficial dejó el cigarro.

—Mayor general?

—Adelante, caballero.

El oficial se endereza y toma una actitud respetuosa.

—Es decir que V. E. es teniente general?

—Ya va V. llegando.

—En tal caso, tengo el honor de hablar á S. A. Serma. el Feld-mariscal.

—Vaya, señor jefe de batallon, otro gradito mas.

—Ah, señor! gritó el oficial con una voz trémula, perdon mil veces... Podia yo creer que el emperador!...

—V. no me ha ofendido, y para probarlo, si solicita alguna gracia tendré el mayor gusto en complacerle.

A LA GRAN PIRAMIDE DE EGIPTO.

¡Escollo vencedor del tiempo cano,
Isla en el mar oscuro del olvido,
Misterio entre misterios distinguido,
Del inmenso arenal gran meridiano!

¡Montaña artificial, resto tremendo,
Estructura sublime, poderosa,
Del desierto atalaya misteriosa,
De la desolacion trono estupendo!

¡En tu cumbre inmortal se dan la mano
La eternidad que fué con la futura,
La voz de lo pasado en tí murmura,
De una tierra ya muda escombros vano.

¡Qué triunfos, qué desastres, qué mudanzas
Has presenciado! ¡Cuánta muchedumbre
Siglo tras siglo contempló tu cumbre!...
¡Qué se hicieron sus penas y esperanzas?

Cien imperios espléndidos que fuéron
Nuevos, en tu vejez se han abismado,
Reyes, sabios, guerreros han pasado,
Y en el olvido miseros se hundieron.

De tus autores pereció la historia;
Tal vez su polvo que arrastrara el viento
Empaña lo exterior del monumento
En que pensaron perpetuar su gloria.

Ancha en tu base, á un punto disminuida
Do te acercas al cielo, ¿no figuras
El orgulloso error de las criaturas
Y su esperanza á polvo reducida?

Cuando tu incierto origen indagamos
Escribe en tí, cual en funérea losa,
El irónico tiempo: «¡Obra gloriosa
De monarca potente que ignoramos!»

ADVERTENCIA.

Una circunstancia independiente de nuestra voluntad, nos impide dar en este número la pieza de música que le correspondia: escusamos decir que esta falta se subsanará ampliamente.